

Saint-SaÃ«ns. Santiago Gil

domingo, 01 de noviembre de 2009

Modificado el lunes, 02 de noviembre de 2009

PSICOGRAFÃ•AS

â€œMelpÃ³mene estaba en medio de las platanerasâ€•

Saint-SaÃ«ns

Santiago Gil

Villa MelpÃ³mene era para nosotros una de esas mansiones seÃ±oriales que nos encontrÃ;jbamos entre las fincas del norte de Gran Canaria cada vez que decidÃ;jamos aventurarnos en busca de nuevos territorios.

PSICOGRAFÃ•AS

â€œMelpÃ³mene estaba en medio de las platanerasâ€•

Saint-SaÃ«ns

Santiago Gil

Villa MelpÃ³mene era para nosotros una de esas mansiones seÃ±oriales que nos encontrÃ;jbamos entre las fincas del norte de Gran Canaria cada vez que decidÃ;jamos aventurarnos en busca de nuevos territorios. Nos juntÃ;jbamos tres o cuatro amigos de la infancia y desafÃ;jbamos muros de piedra, barrancos y precipicios para descubrir que el mundo no empezaba y terminaba en los lÃ¡-mites en los que nos permitÃ;jan movernos nuestros padres. Siempre que dÃ;jbamos con una marea, con unas cuevas o con mansiones como MelpÃ³mene nos sentÃ;jamos como aquellos conquistadores que protagonizaban las clases de historia en el colegio. Pocas veces he vuelto a sentir aquella sensaciÃ³n de estar descubriendo el mundo. Podemos viajar de punta a punta del planeta, pero creo que era mÃ¡s emocionante el descubrimiento de cualquiera de aquellos barrancos todavÃ;a con agua y con una vegetaciÃ³n casi paradisÃ¡-aca que la llegada ahora a Nueva York o a Buenos Aires.

MelpÃ³mene estaba entonces en medio de las plataneras. Cuando nosotros la descubrimos no sabÃ;jamos que allÃ-habÃ;a pasado largas temporadas el mÃ³sico francÃ©s Camille Saint-SaÃ«ns. Llamaba la atenciÃ³n el colorido de la casa y los mÃºltiples detalles ornamentales que nada tenÃ;jan que ver con lo rÃºstico de los establos cercanos o los surcos de las referidas plataneras. Ya con el tiempo, sÃ- volvÃ- a MelpÃ³mene tratando de imaginar hacia quÃ© horizontes se perderÃ;a la mirada del mÃ³sico cuando buscaba el sosiego o la inspiraciÃ³n. A principios del siglo veinte, aquel paisaje no distarÃ;a mucho de lo que identificÃ;jamos con el paraÃ±o. Los verdes de las plataneras y las montaÃ±as cercanas contrastarÃ;a con la luminosidad volcÃ¡nica de un pico de La Atalaya aÃ³n sin alicatar casi hasta su cima. Por ambos lados verÃ;a el mar, y al fondo, hacia el oeste, el Teide se confundirÃ;a con las brumas rojizas del arrebol cuando el mÃ³sico dejara el piano y se acercara a escuchar el sosiego de la naturaleza. Todas esas sensaciones quedarÃ;jan para siempre en sus acordes. Si escuchamos a Saint-SaÃ«ns podemos estar escuchando el paisaje que Ã©l mirÃ³ todas aquellas tardes que, en distintas temporadas, pasÃ³ en el municipio de GuÃ;a. En sus acordes se reconocerÃ;jn los cantos de pÃ¡jaros maÃ±aneros, el ulular del viento entre las plataneras y el silencio que se hace mÃ³sica cuando somos capaces de adentrarnos en Ã©l con todas sus consecuencias. El mÃ³sico francÃ©s llegaba siempre a la isla escapando de una vida convulsa en los aÃ±os en que ParÃ-s era la gran capital cultural del mundo. Nunca sabremos si aquÃ- encontrÃ³ todo lo que buscaba; pero en su mÃ³sica sÃ- quedÃ³ grabado para siempre el eco lejano de aquel paraÃ±o que entonces habitaban nuestros antepasados.

CICLOTIMIAS

La virulencia del alzheimer comienza justamente en el momento en que tambiÃ©n la palabra alzheimer entra a formar parte del olvido.

santiagogil@santiagogil.com

MI BLOG: www.santiagogil.com

PUBLICADO EN CANARIAS7

